
PRESENTACIÓN

María Ángeles Durán

CSIC

E-mail: dur@ieg.csic.es

Esta presentación se resume en tres puntos: la institucionalización de la Sociología del Arte en España, la pequeña y personal intra-historia del volumen, y una brevísima presentación de los textos publicados, tal como han sido entendidos por el editor.

El centenario de la creación de la primera cátedra de Sociología en la Universidad española es un buen momento para la reflexión sobre la trayectoria y límites de la disciplina. En sus años iniciales, la sociología española estuvo próxima a la Filosofía, la Historia y el Derecho, que eran campos tradicionalmente asentados en el ámbito académico. Sin embargo, la gran expansión de los estudios sociales en España se produjo en los años sesenta y setenta, a la par que una transformación profunda de la Universidad y de la sociedad española. La mayoría de las cátedras de Sociología se localizaron en las Facultades de Ciencias Económicas, geográficamente dispersas, aunque fuese la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, desdoblada más tarde en Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, donde se concentró la mayor actividad académica en torno a la sociología. Esta proximidad institucional y curricular ha influido decisivamente en el desarrollo de una sociología de orientación mayoritariamente empírica, muy sensible a la preocupación por temas fronterizos con la estructura económica y la intervención social.

En años recientes, la sociología de orientación cualitativa ha ganado terreno y reconocimiento. Se debe, en parte, a la propia expansión del número de

profesionales y actividades docentes, que ha permitido la especialización temática y metodológica en áreas anteriormente minoritarias. Pero también se debe a la pérdida de cierto valor contestatario y crítico que tuvo la sociología empírica (y la encuesta como su instrumento más famoso) durante los años sesenta y setenta, en que sirvió para contraponer datos «realistas» y apegados a la vida cotidiana de los ciudadanos, frente a las definiciones casi metafísicas de lo que «era» o «debía ser» la sociedad española.

Este cambio es parejo con la institucionalización de la Sociología del Arte, a menudo ubicada en contextos académicos más próximos a las Letras o Humanidades que a la Economía o Ciencia Política. Quienes la practican (investigan, enseñan, reciben), poseen con frecuencia titulaciones en otras disciplinas además —o en sustitución— de las ya referidas, y esto deja su impronta en el modo de trabajo y en el estilo de los textos publicados. Es en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense donde se ha producido la primera revista que aún en su título (*Arte, Individuo y Sociedad*) las dos ideas básicas de la Sociología del Arte. La dirige actualmente Manuel Hernández Belver. Más que por la vía académica (no hay aún cátedras de Sociología del Arte) o de las publicaciones (en la *REIS* o la *RIS* no se habían producido hasta ahora monografías sobre este tema, aunque Papers dedicó un volumen a la música, hace ya una década), la institucionalización de la Sociología del Arte se ha producido en España por la vía asociativa, por la voluntad de un conjunto de profesionales de la sociología de la cultura y de las artes de convertirse en una asociación temática —además de un grupo de trabajo— dentro de la Federación Española de Sociología. La AESCA (Asociación Española de Sociología de la Cultura y de las Artes) es la única asociación temática, con categoría de miembro B, que existe dentro de la Federación, y en este sentido ha contribuido a la innovación organizativa en la sociología española. Las Actas de sus reuniones han dado ya lugar, desde 1990, a varias publicaciones. Tanto a su presidente actual, Xan Bouzadas, como a su predecesor, Iñaki Domínguez, debo muchas sugerencias e informaciones interesantes para este volumen.

Es posible que algunos lectores se sorprendan al leer mi nombre como editora de este número, porque ha sido más frecuente mi dedicación a los temas de trabajo, desigualdad, salud o género. Sin embargo, la decisión de proponer un monográfico de Sociología del Arte a la *REIS* tiene raíces largamente establecidas, tanto por lo que se refiere a la propuesta de un volumen como por la elección de su contenido. Las revistas son canales privilegiados de creación de campos disciplinares, de fijación de estándares de calidad o estilos de trabajo y expresión. A los editores, especialmente a los componentes de los Consejos de Redacción, les toca elegir entre varias maneras de repartir su tiempo y esfuerzo; sobre todo, tienen que optar entre dedicarse a tareas de selección y filtraje o a tareas de propuesta y búsqueda. O a un equilibrio entre ambas. En general, la primera tarea resulta más sencilla y desde luego mucho más tranquila, además de que en muchas ocasiones es la única posible. En estos casos la labor editorial se centra en materiales ya acabados, plenamente disponibles; aunque a

veces pueda ser complicada la decisión por disparidad entre juicios de los evaluadores, generalmente no ofrece dificultades porque cuenta con el apoyo de numerosos colegas que sopesan la calidad y grado de oportunidad de publicar los materiales recibidos. En este sentido, los Congresos, Seminarios, Conferencias y Jornadas son una cantera excelente de futuras publicaciones, porque sus productos se han beneficiado no sólo del estímulo inicial que impulsó la reflexión y la escritura, sino también de la exposición previa ante un público de especialistas o al menos con intereses afines, de quienes ya han recibido los comentarios, críticas y alegaciones.

La segunda opción, la de propuesta o búsqueda en temas nuevos para los que no existe un *stock* o cantera de textos disponibles, es mucho más arriesgada. Pero también resulta más innovadora y viva. Al editor (coordinador, proponente, o como quiera llamársele), le caben varias vías para articular su propuesta, que se resumen en dos principales: o proceder temáticamente (contenidos, metodologías) o estructurarla en torno a autores previamente reconocidos como expertos. O, como suele suceder en la práctica, un ajuste sucesivo entre ambos procedimientos. La posibilidad de explorar conjuntamente con un grupo de colegas un campo relativamente poco trillado, es sin duda un privilegio, algo que hay que agradecer a quienes dieron credibilidad a la idea (la *REIS* y su consejo de redacción, principalmente), a los que colaboraron con sus escritos y a las muchas personas que han apoyado de varias maneras el desarrollo del volumen.

En este caso concreto, la primera propuesta a la *REIS* tuvo lugar hace dos años e inicié la búsqueda apoyándome en un esquema principalmente temático. Al principio creí que bastarían unos meses, tal vez un año, para completarla. Sin embargo, la gestación de las obras colectivas suele alargarse respecto a las primeras previsiones. Los temas son construcciones analíticas, que están bien sobre el papel, pero no se hacen solos. Hace falta que alguien los conozca, los asuma, disponga de tiempo y deseo de escribir algo nuevo sobre ellos, priorice la actividad de articulista sobre sus muchas otras actividades posibles. Las dificultades de conciliación de calendario entre los autores son considerables, y la expectativa de lograr un texto al que de otro modo habría que renunciar, modera mucho las prisas del editor, que poco a poco va aceptando más demoras y nuevos plazos de terminación. Aunque no dispongo de datos para compararlo con otros volúmenes monográficos en los que tampoco hubiese acopio previo de materiales, ni sé en qué medida el esfuerzo de producción podría reducirse mediante una mayor habilidad o eficiencia del proponente, he guardado la memoria de los contactos necesarios para sacar este volumen adelante. Sin exageración alguna, han sido en total varios centenares de llamadas, cartas, faxes y encuentros a lo largo de estos dos años, solamente para la labor de propuesta o coordinación. En los primeros meses sirvieron para conseguir los nombres y coordenadas de personas que, en algunas ocasiones, ni siquiera conocía personalmente. Después, para concretar temas, urgir los originales o hacer llegar a los autores algunas sugerencias editoriales. La suma de las horas

de trabajo de todos los que hemos participado de uno u otro modo en el volumen, suma también muchos centenares, tal vez incluso alcance a los varios millares de horas.

Junto a la magnitud del esfuerzo colectivo que conlleva (y que, por otra parte, es similar al de cualquier número monográfico, sea del tema que sea) otro aspecto digno de atención es su carácter procesual, en cierto modo inacabado. Muchos de los materiales que aquí se publican, que acaban de convertirse en productos tangibles e identificables, tienen su origen en otros artículos, conferencias, tesis doctorales o debates; y lo que aquí se publica es —en la mayoría de los casos— solamente un episodio en el proceso gradual de producción de sus autores, que han recortado párrafos o epígrafes para desarrollarlos más adelante en otros lugares, o han esbozado ideas que a partir de ahora madurarán para textos futuros. Incluso, algunas contribuciones que no han podido aparecer en este volumen irán tomando cuerpo o verán la luz más tarde en otras publicaciones. No me atrevo a citar a otros autores por si no les agrada que su nombre comience ya a circular en asociación a un tema inconcluso; pero, al menos en mi caso la ponencia que presenté en el Congreso de Sociología recién celebrado en La Coruña, sobre *El programa epistémico del arte: las nuevas maternidades laicas*, que arranca de la reflexión sobre una *Maternidad* de Botero, tendría que haber llegado a tiempo de integrarse en este volumen en su versión definitiva y sin embargo no fue posible. A este volumen le deberá, cuando se termine, buena parte del impulso que permitió su inicio y su despegue.

La Sociología del Arte, como recientemente ha sintetizado V. Furió, trata de explicar la producción, distribución y recepción del arte, así como los medios sociales en que tiene lugar (asociaciones, patronazgos, museos, etc.). Pero además de eso, la propia Sociología se convierte a veces en una forma peculiar de Arte, o el Arte asume cometidos muy próximos a la Sociología. A lo largo de muchos años de ejercicio profesional, la frontera entre Arte y Ciencia, o más concretamente entre Arte y Sociología, me ha resultado atractiva y, en cierto modo, temible. Digamos que es una barrera transparente, más fácil de sentir que de ver, con la que he tropezado en varias investigaciones. Supongo que es una experiencia común entre colegas. La experiencia que me ha dejado una huella más viva y duradera sucedió hace dieciséis años, en el transcurso de un estudio para UNESCO sobre la percepción del espacio, en el que utilizaba entrevistas en profundidad e historias de vida. Todavía conservo entre mis libros tres carpetas de cartón —deslucido ya el color—, que contienen aquellas maravillosas entrevistas, grabadas y sólo parcialmente transcritas. Cada una de ellas merecería convertirse en una historia singular, pero para ser fiel a lo que los entrevistadores quisieron decir habría que encontrar un equivalente adecuado a los silencios, a los gestos, a las miradas hurañas, reidoras o cómplices. ¿En qué punto de la transcripción dejaría el sociólogo de serlo para convertirse en intérprete, en escritor a secas? ¿Qué sucede con su identidad profesional cuando deviene consciente del límite que entraña su penuria en el lenguaje, en el uso fluido de los giros?

Es éste un tema del que he hablado con muchos colegas en varias ocasiones, entre otros con Bernabé Sarabia, Jesús de Miguel y Soledad Murillo, sin que ninguno hayamos dejado de asirnos con fuerza a la barandilla del «propósito científico» para evitar una caída libre en el pozo insondable de la no-ciencia. Pozo, el literario, por otra parte la mar de atractivo y al que probablemente muchos querrían asomarse (tal vez bajo la protección de un seudónimo) si no fuese por el riesgo de que una vez iniciado resulte un viaje de dificultoso retorno o se convierta en fracaso en campo ajeno. Un rasgo de nuestra época es la especialización, la absorción de la ciencia por la tecnología. Y en ese sentido, no es raro que haya entre muchos científicos la secreta nostalgia de un modo de «estar en el mundo» y de relacionarse con el conocimiento o el saber menos excluyente que los actuales, con frecuencia atrincherados bajo logotipos o etiquetas disciplinares.

En cierto modo, estas páginas servirán de homenaje póstumo a José Antonio Rey del Corral, compañero que fue del Departamento de Sociología de la Universidad de Zaragoza, amigo de pintores y buen poeta, con quien compartí en 1986 la edición del libro colectivo *Literatura y Vida Cotidiana*. También fue en Zaragoza, en el transcurso de unos ejercicios de oposiciones inusualmente tranquilos y gratos, cuando pensé por primera vez en la posibilidad de preparar este monográfico, al constatar que tanto entre los miembros del tribunal como entre los amigos y compañeros del examinado (que era Carlos Gómez Bahílo), abundaba el interés por distintos aspectos o manifestaciones del arte. La ópera y el barro cocido fueron, en mis días zaragozanos, un motivo común de conversación, entreverando clases y sesiones académicas. A esas conversaciones debo, entre otras cosas, algunas reflexiones posteriores sobre el sentido y límites de la armonía; o, por decirlo con la muy plástica y desenfadada expresión de Enrique Gastón, lo que distingue el equilibrio de un número capicúa.

Además de la frontera con la literatura —que es, por el tipo de lenguaje empleado, más próxima al quehacer sociológico—, también he tropezado con otras fronteras en el uso de materiales plásticos: con el video, la fotografía, la pintura, el cine. En varias ocasiones, el arte ha sido para mí vehículo de estímulos intelectuales muy fuertes, que me han motivado para escribir o publicar sobre temas tan aparentemente lejanos como puedan serlo el análisis internacional comparado del PIB o las políticas sociales. Y es que, ya lo dijo Ortega, la imaginación es madre común de la matemática y la poesía.

Los condicionantes tecnológicos de una revista sólo permiten la reproducción de la palabra escrita, aunque afortunadamente la *REIS* ya ha dado cabida en este número a la reproducción de algunas ilustraciones. El análisis sin reproducción —aunque sólo sea a manera de citas—, siempre entraña mayores dificultades. En parte por eso, la reflexión académica sobre las relaciones entre arte y sociedad se ha concentrado excesivamente en la literatura y la pintura, y más recientemente, gracias a las Facultades de Ciencias de la Información, en el cine. De ahí que haya tratado de que este volumen recoja también obras que

se ocupan de otras formas de arte, tales como la arquitectura, el baile, el arte de la relación amorosa, los olores y sabores, o el humor. Ha sido muy grata la experiencia de preparar este monográfico, de contactar los autores y recibir en primicia sus escritos. Espero que sea un sentimiento mutuo y podamos seguir colaborando en otras ocasiones, y que haya lugar para más artículos sobre este rico campo en otras revistas y publicaciones sociológicas.

El resultado de la propuesta que hice al CIS hace dos años es el volumen que el lector tiene ahora entre sus manos. Consta de nueve estudios, seis notas de investigación, una bibliografía anotada y un texto clásico comentado. Los tres primeros artículos son de carácter general, próximos a la sociología del conocimiento. Siguen luego los referidos a manifestaciones más concretas del arte. La división entre estudios y notas es en ocasiones algo aleatoria y el criterio de extensión (las notas debían ser, en principio, más breves) no se ha seguido con extremo rigor.

Como es habitual, cada artículo va precedido del resumen en castellano y en inglés que el propio autor ha realizado, y de una selección de palabras clave. Además de estos resúmenes, y a continuación, el lector encontrará una breve presentación de cada uno de los textos. Reflejan mi propia visión de los mismos, que —podría ser motivo de una reflexión más larga— no siempre coincide con el modo en que los resumen sus creadores.

José María González ha contribuido con un estudio titulado *Sociología e iconología*. Puesto que la imagen es «un concepto para los ojos», el autor sugiere que podría haberse desarrollado una conexión más estrecha entre la sociología del conocimiento y la iconología, que es la rama de la Historia del Arte que se ocupa del contenido temático o significado de las obras de arte como algo distinto de la obra. En la primera parte de este artículo presenta los paralelismos, puntos comunes y desencuentros en tres generaciones de sociólogos (A. Weber, K. Mannheim y N. Elias) e iconografistas (A. Warburg, E. Panofsky y sus discípulos). En la segunda parte, el autor procede al análisis de las metáforas sociales de la Fortuna y el Tiempo, concretadas en sus representaciones gráficas. Termina con la metáfora del teatro del mundo como imagen de la sociedad: la metáfora es el punto de encuentro de varias tradiciones filosóficas, literarias e iconográficas que recoge la sociología contemporánea para convertirlas en centro de la teoría.

M. Hernández Belver y J. L. Martín Prada hacen en *La recepción de la obra de arte y la participación del espectador en las propuestas artísticas contemporáneas* una exposición muy clara del estado de la cuestión en este campo. El público ha pasado de ser mero receptor pasivo de una obra ya concluida a intervenir directamente en ella, bien interpretándola, manifestándola o incluso formando parte físicamente de sus componentes. El disfrute de la obra se plantea como una interpretación y una ejecución, y la obra revive en una perspectiva original. Los autores facilitan considerablemente al lector el acercamiento y tránsito por la siempre intrincada selva de las vanguardias, a la par que analizan rigurosamente la apropiación comercial de los espacios de exposición.

Una especial mención merece el artículo de Iñaki Domínguez, de quien me ha llegado la noticia del fallecimiento cuando estas páginas estaban ya impresas. En *Los lugares cotidianos de la cultura y el arte* Domínguez señala que la cultura y lo cultural constituyen aspectos centrales del funcionamiento de las sociedades posmodernas, en las que se produce una constante y simultánea redefinición de los lujos en necesidades. Sin embargo, el consumo de cultura sólo es posible cuando va parejo a la disponibilidad de tiempo libre, de tiempo para sí. Y las encuestas desmienten cualquier atisbo de «búsqueda activa» por parte de la audiencia de los «media», los grandes estructuradores del ocio. La desigualdad social no se manifiesta —en relación a la cultura— en la distinta capacidad de acceso a los bienes culturales, sino que afecta a la capacidad cognitiva y perceptiva de los actores sociales, y a su capacidad de acción.

Jesús de Miguel y Omar G. Ponce de León han escrito un largo y documentado artículo. *Para una sociología de la fotografía* sintetiza muy claramente el estado de la cuestión en el campo: teorías sociológicas sobre fotografía, utilización de la foto como arte y como ciencia y análisis social de fotografías. Dos tercios del estudio pueden considerarse como un programa o propuesta de aplicación de la fotografía a distintos campos de investigación social. Termina con una selección bibliográfica del imponente archivo de los autores. Como ellos señalan, las fotografías tienden a transformarse en ventanas (documentales, aperturas al exterior) y en espejos (reflejos, proyecciones). Las mejores fotos, las más fructíferas, son precisamente las más inquietantes, porque estimulan la reflexión y minimizan la ceguera derivada de la inercia cotidiana.

El arte de amar es el objeto del artículo de Concepción Fernández Villanueva. A través de cuatro obras clásicas (*El KamaSutra*, *El arte de amar* de Ovidio, *El libro del Buen Amor* del Arcipreste de Hita y *El collar de la Paloma* de Ibn Hazam), la autora se plantea si el amor y sus expresiones son un arte, una técnica, una ciencia o una apropiación disfrazada. En cada una de las obras se analiza el concepto subyacente de amor y las normas sociales que estipulan quiénes están autorizados u obligados a sentirlo y recibirlo y para quiénes está prohibido. Como contrapunto actual, utiliza la obra de Arundhata Roy *El Dios de las pequeñas cosas*, en la que la negación de estas reglas sociales conlleva la tragedia y el desarraigo.

Pilar González toma *La Regenta* de Clarín como transfondo para su artículo *Prohibición y goce. El objeto-alimento* en el que deja huella de su doble condición de socióloga y psicoanalista. Enlaza con el arte a través de la literatura (literatura como instrumento o recurso para el análisis social), pero también abre la posible consideración de la cocina (los olores, los sabores) como un arte que permeabiliza la vida cotidiana más allá de las estrechas definiciones académicas. Eros y gastronomía emergen unidos en su cuidadosa selección de citas literarias, que recrean la sociedad y relaciones sociales en la ciudad de Vetusta: «En el bouquet del vino, en el sabor del queso de gruyère, en las chispas del champaña, en el reflejo de unos ojos... en todo encontraba aquella noche belleza, misterio atractivo, un valor íntimo, una expresión amorosa».

Enrique Gastón ha contribuido al volumen con un artículo titulado *Sociología del ballet*. Aplica a la danza la tipología weberiana del poder tradicional, carismático y racional, para identificar el ballet como una forma de danza en la que priman los componentes racionales y profesionales. A su vez, el ballet es una forma de baile que requiere fórmulas organizativas complejas (creadores, productores, ejecutores, público) que ofrecen amplio terreno para el análisis sociológico. La forma de expresión del movimiento (bailes circulares, espirales, etc.), los ritmos, así como las relaciones entre primeros bailarines y coreógrafas, son objeto de una revisión histórica y de un intento de establecer conexiones con las formas de organización política y religiosa.

Ángela López se ocupa de un anti-arte, una destrucción u okupación que, no obstante, alcanza a menudo honras artísticas. Es *El arte de la calle*, el graffiti urbano que ya hace cinco siglos mereciera de Hernán Cortés una frase lapidaria: «Pared blanca, papel de necios». La «pintada» callejera, los slogans, los murales espontáneos, se analizan en varios contextos espaciales y sociales: el mayo francés del 68, la transición política española en los setenta, los gangs neoyorkinos, y los actuales graffiti —con su clara dimensión internacional— en las calles de Zaragoza.

Carlos Hernández Pezzi es arquitecto y urbanista. Parafraseando un modo de presentación que no es preciso con los colegas, diríamos que es el «artista invitado», que nos acompaña en este volumen. Su artículo, titulado *El pasajero alienado. Acerca de las encrucijadas y colisiones entre arquitectura y arte*, arranca con una reflexión sobre los museos de arte modernos, ejemplificada en el Guggenheim de O’Gehry, para continuar con un análisis de las manifestaciones del arte/espectáculo cuya expresión paradigmática son los montajes urbanos de Christo. El discurso dominante en arquitectura es que la obra de élite no debe limitarse bajo ningún paradigma lingüístico, ideológico o funcional, ni ceder ante otro requerimiento que no sea su impulso creador. Para Hernández Pezzi, esta opción conlleva la escisión entre las arquitecturas cultas de mayor adecuación funcional y las de mayor contenido simbólico, y de ambas con la edificación. En tanto se aplaude la arquitectura de autor, una gran parte de los arquitectos deja de pensar en términos sociales, y mientras en todo el mundo se hace más y mejor arquitectura, nace paralelamente la destrucción de hábitats y el deterioro de los centros urbanos, la degradación de las periferias y el hacinamiento e infraviviendas de millones de seres humanos de todas las regiones.

Entre las notas de investigación, Irene Martínez Sahuquillo analiza la *Anomia, extrañamiento y desarraigo en la literatura del siglo XX*, como expresión de la condición del hombre en el mundo moderno, y especialmente la de sus intelectuales y artistas. Para ello utiliza una base muy rica de textos literarios, sobre todo de lengua inglesa, destacando las afinidades entre sociología y literatura, muy particularmente la novela.

El estudio de Juan A. Roche, *Dimensiones sociales de la vida y la muerte en la tragedia griega*, gira en torno a tres temas centrales: la contraposición entre vida cotidiana e inmortalidad; la relación entre cohesión social y libertad indi-

vidual; y la complementariedad entre azar y necesidad. Todo ello, con los textos de los clásicos griegos como documentos esenciales para la reinterpretación de una sociedad ya desaparecida en la que la literatura conservada sustituye para el sociólogo a la ya inasequible capacidad de observación directa.

Blanca Muñoz, en una nota de investigación titulada *Dodecafonismo y sociedad de entreguerras. El reflejo del conflicto social en el "Wozzeck" de Alban Berg*, ha elegido el dodecafonismo como punto de partida para la reflexión sobre las transformaciones de las instituciones sociopolíticas y sus efectos estructurales. Frente al tópico de la música como el arte de mayor abstracción, a lo largo del estudio se hacen patentes las conexiones sociales subyacentes al concepto de armonía, la expresión de los ideales de las élites germánicas en la ópera wagneriana, o, lo que es el centro del artículo, la correspondencia de la sociedad de masas con la disonancia total.

Xavier Costa, en *Las fallas de Valencia, el arte de la consagración del fuego*, presenta las fallas como monumento efímero, como arte satírico que se destruye ritualmente. La cremá es el momento culminante de la fiesta, el que hace evidente la finitud de las cosas y la continuidad del tiempo. La falla es un juego colectivo, y la identidad social del fallero —muy distinta de la del visitante o mirón circunstancial— sólo se entiende en relación con el compromiso e integración en la comunidad festiva para la que el arte de la falla (escultura, ruido, humor, destrucción) es vehículo esencial.

El estudio de Fernando Golvano, *Redes, campos y mediaciones: una aproximación sociológica al arte contemporáneo*, se dedica a las instituciones y sistemas del arte. Bourdieu, Moulin y Cauquelin son los tres autores de referencia básicos, que Golvano califica de críticos insustituibles en la definición del marco teórico. El público es la institución que explica la transición desde las Academias de Arte tradicionales a las nuevas academias abiertas y a los nuevos tipos de museos. Los fenómenos de internacionalización y «glocalización» contribuyen a lo que Cauquelin llama «el bucle». Conlleva que la realidad del arte se construya fuera de las cualidades propias de la obra, en la imagen que suscita a los circuitos de comunicación.

Soledad Murillo ha tenido como objeto de su nota sobre *Filosofía, mercado y postmodernidad*, el libro de J. M. Ripalda, *De Angelis: A partir de una misa cantada*, el autor recorre diversos campos del arte y de la sociedad actual, en un intento explícito de fundir, mezclar, borrar límites. Disney se superpone a Van Gogh y la Bauhaus, y los individuos transitan hacia la condición de cyborgs. Oteiza y Chillida encardinan el arte en la tierra. El arte posmoderno se funde con la distracción, pero Ripalda rescata la polémica y los contenidos políticos y filosóficos que subyacen en la aparente frivolidad de las obras.

A diferencia de otros volúmenes de la *REIS*, en éste no hay una sección de crítica bibliográfica o noticia de libros, porque se ha sustituido por una bibliografía anotada de *Sociología del Arte*, que ha elaborado Carlos Soldevila, actualmente profesor asociado de esta materia en la Universidad Complutense.

La selección y comentario del texto clásico con que se cierra este volumen

corresponde a José Castillo, quien ha escogido un fragmento de Simmel titulado *El problema del estilo*. Junto al reconocimiento de Simmel como «uno de los grandes sociólogos fundadores», también ha sido frecuente (por Nisbet, entre otros) su calificación como ensayista-artista. El problema radica en dilucidar si los elogios que generalmente se le atribuyen como «imaginativo», «intuitivo», «brillante» o «representante del pluralismo metodológico», no serán en el fondo críticas o veladas negaciones de su capacidad para hacer «ciencia». Muy digno de resaltar en el comentario es el análisis —válido también para muchos sociólogos contemporáneos— de la actividad de Simmel como conferenciante, actividad en la que alcanzó tal depuración y excelencia que le valió ser llamado «virtuoso del estrado». Tema éste, el de la comunicación, que bien merecería un tratamiento más extenso por parte de los sociólogos de la disciplina; porque habitualmente se concentra el análisis de la obra de cada autor en el contenido de sus publicaciones, olvidando el importante papel que juegan las conferencias y otras formas de comunicación más personales. Sin duda es en el cara a cara con un público próximo y no encadenado por obligatorias relaciones discentes, donde el científico social recurre en mayor medida a las artes de la representación, la oratoria o el teatro. Durante los minutos que dura su exposición, el científico refuerza sus reflexiones con el ropaje del arte, y la frontera entre lo que dice y cómo lo dice se adelgaza en la misma medida que gana protagonismo el contexto, el tono, la fuerza o color de las palabras. Terminada la intervención, el paréntesis, vuelven a separarse los papeles. Es muy de agradecer que, de la mano de Castillo, hayamos reconocido a Simmel, vivo en cada uno de nosotros.